

## Un largo camino.

Seudónimo: Vidalia.

Al alba, cuando terminé de uncir la mula al carro cargado con nuestros escasos enseres, entré a buscarla a la casa oscura y vacía. Estaba ensimismada ante el ventanal que daba al huerto. No quería dejar el pueblo que para entonces ya agonizaba abandonado por la mayoría de sus vecinos. Le prometí que volveríamos, aunque tal vez nunca cumpliría la promesa. Me siguió con paso lento. A pesar de su aspecto frágil, era dura y hermosa como una flor silvestre. Cargaba estoica con el dolor y la vergüenza, y quería quedarse a vivir en aquellas tierras, cumpliendo penitencia. Así iniciamos nuestro camino de partida, pero creo que será mejor comenzar por el principio.

La vida en la aldea fue siempre precaria, aunque había tenido algún periodo de cierto esplendor. Sus moradores, acostumbrados a aquella dura existencia, trabajaban de sol a sol. Sus cuerpos parecían de hierro, pero hasta el hierro dobla y pronto envejecían, las enfermedades mellaban su salud. Consolaban el hambre y las penurias en algún que otro domingo de celebración, o una vez al año en la fiesta del pueblo, y, cuando la sangre ardía, se buscaban los cuerpos encontrándose con urgencia en algún pajar, en el monte o en la penumbra de las casas ante la fría y temblorosa luz del candil.

El pueblo al que llamaban “la Pequeña Rusia” estaba situado en el cordal de los Montes Aquilianos, en su descenso hacia el límite de León con Galicia. Una zona donde la crudeza de los inviernos y las difíciles comunicaciones habían dado cobijo a la resistencia clandestina de los maquis, que no se resignaban a dar por perdida la no muy lejana Guerra Civil. Uno de aquellos guerrilleros, vecino del pueblo hasta que se echó al monte, rondaba en torno a Ella y vivía en su corazón.

Fui testigo accidental de su último encuentro. Ella estaba en la balsa abrevando el ganado, con su coleta negra, enjuta y tiesa bajo un vestido oscuro que no lograba ocultar sus formas sugerentes, cuando él apareció, surgiendo como una sombra de entre los arbustos que tupían la ladera de la montaña. Los vi abrazarse y hablar durante unos minutos, hasta que él se esfumó tal como había llegado. Muerto o huido, pero nunca más se volvió a saber de él.

Así el terreno quedó libre para mí. Ella siempre me había gustado. Poseía una belleza difusa y desafiante, que me atraía con un magnetismo inusitado. Cuando los vi abrazados, sentí la punzada de la envidia y los celos, y en lo más hondo de mí, deseé que él desapareciera. Mis deseos se cumplieron, pero en el premio estaba también implícito el castigo, porque nunca dejé de amarla, pero mi amor no se vio correspondido, y aunque la quise y aún la quiero, el deseo fue menguando como la luz en el atardecer, hasta convertirse en un pobre anhelo.

En los dos años siguientes, sobre todo, a partir de su desgracia, continúe con el cortejo pertinaz hasta que ella, apurada por la situación, cedió resignada a mis proposiciones. Su familia también aceptó, encantada de que alguien enjuagara su mancha. El estigma de una madre soltera, agravado por las incógnitas sobre el paradero del bebe, era una lacra difícil de salvar en aquel tiempo. Éramos gentes de rígida moral y mente estrecha, tallados por la constreñida educación o la falta de ella. Nos casamos en la pequeña iglesia parroquial. Hubo banquete, sencillo pero abundante, y bailamos a la sombra del árbol de la plaza, frente a la que iba a ser nuestra casa. Por la noche, se entregó a mí, como si cumpliera una obligación. Yo era consciente de no ser el primero, no era el hombre desaparecido, que había incendiado su cuerpo de pasión, al que, idealizado, siempre amaría. Sin embargo, en medio de la frustración por su fría indiferencia, pensé que sería capaz, con el paso del tiempo, de ganarme su amor. Fue una esperanza que nunca se cumplió.

Cinco años después descendíamos por la vereda con el día clareando y el carro cargado hasta rebosar. Yo abría la marcha con la mano en el roncal de la mula. En el pescante canturreaba despreocupado nuestro hijo, que crecía sobreprotegido, porque a él se dedicaba en cuerpo y alma, quizá para lavar su culpa por ti, la hija abandonada. Ella iba detrás del carro, portando bultos y rumiando la amargura sorda que siempre la acompañó. Caminaba altiva y áspera, como las peñas que nos contemplaban a cada vuelta del camino, con sus altas cumbres de rocas peladas, cuya sombra gigantesca cubría el pueblo que dejábamos atrás.

En el límite de un pequeño llano, antes de iniciar el descenso más pronunciado, me detuve para mostrarle a nuestros pies la belleza del valle. Era una tierra fértil, con lenguas de chopos y frutales, surcada por cauces de ríos que se adivinaban entre las

neblinas; poblaciones dispersas salpicando la vegetación; montículos y cargaderos de carbón y mercancías que se alzaban con sus tajos negros y oxidados. Y al fondo como una mancha blanca, la llamada Ciudad del Dólar, que crecía hacia el campo, limitada en el telón del horizonte por la frontera montañosa que aislaba la inmensa hoyo del resto del mundo. Ella, indiferente, no quiso ni mirarla, tampoco volvió la cabeza para despedir el pueblo, ¡para qué!, sí estaba impreso en su memoria.

Yo, sin embargo, me quedé unos minutos observando a lo lejos, difuminado entre los prados y arboledas, el islote de piedra y pizarra de las edificaciones del pueblo, muchas ya deshabitadas, invadidas por la maleza y el olvido. Me estremecí al sentir el aliento de la muerte que vagaba por los senderos de aquella población desangrada en un goteo inexorable, donde sonaba cada vez más débil el latido de las gentes y el ganado, y en unos pocos años sería un pueblo fantasma.

Hicimos noche en la ciudad, para continuar al día siguiente hasta la capital del Bierzo alto, donde yo trabajaría en una mina de carbón. Nos establecimos en una pequeña casa, en el barrio de Socuello, cerca de la estación. Y laboramos cada día como afanadas hormigas, sin tiempo para distracciones y con ella instalada en una desesperada nostalgia. Mientras yo había pasado de escarbar la tierra con el arado a horadarla con el pico y el martillo, en una tarea que absorbía todas mis fuerzas; ella trabajaba un pequeño huerto, cuidaba sus gallinas y conejos, pero sobre todo añoraba el pueblo, único lugar en el que conoció escasos momentos de felicidad: primero en su niñez, y después en los brazos de su primer y único amor, breve y fallido, pero que anidaría en su corazón hasta el último suspiro. Y siempre vestía ropa oscura, como la confirmación del luto de su alma atormentada y la señal de que había traído el pueblo consigo.

Pero no era el pueblo en sí lo que la enlutaba sino una parte del pasado vivido en él. Me lo reveló con voz entrecortada pero firme, cuando ya le había pedido matrimonio. Después de perder al hombre que amaba, había empezado a servir en la Casa Grande, donde vivía la familia rica del pueblo. El señor de la casa, se había casado con una mujer de León, a la que había conocido en los viajes que realizaba a la capital para tratar con el ganado y administrar sus rentas. Elegante y refinada, pero de naturaleza enfermiza necesitaba ayuda en las labores de la hacienda. Allí surgió lo que

tantas veces ha ocurrido entre señor y criada. Él buscaba satisfacer una pasión carnal y pasajera, ella un resquicio de amor que pudiera llenar la ausencia del hombre que había perdido. Sí ya era difícil mantener en secreto sus encuentros, todo se complicó cuando se quedó embarazada. Entonces la convencieron, y toda su vida se arrepintió de ello, de que mantuviese el embarazo en secreto y cuando diera a luz, harían pasar a la criatura por hija de la señora de la casa. Hicieron saber en el pueblo que la señora estaba en cinta y por una gestación delicada debía desplazarse a la casa de sus padres, donde recibiría los cuidados necesarios.

Fueron nueve largos meses de rabia y llanto, de andar por el pueblo con ropas holgadas y disimulos. Al principio sólo los muy cercanos conocían su estado, pero acabó estando en boca de todo el pueblo. A punto de estar cumplida, a principios de marzo, realizó un largo y penoso viaje en carreta. Acompañada por su padre descendió hasta el valle cuando aún era noche cerrada. Nunca olvidaría aquel cielo limpio, en el relente de la madrugada, brillante de estrellas, con una intensidad dolorosa que se empañaba por las lágrimas que desahogaban en sus ojos el dolor de su alma. Al amanecer entraron en la ciudad y esperaron el tren que la llevó a León, donde estaba la señora de la casa.

Llegó al mediodía, y acompañada por un criado, transitó calles atestadas de gente, en un ajeteo para ella tan desconocido. A pesar de la zozobra que la poseía aún le quedó lugar para el asombro, cuando de pronto, la catedral se alzó ante ella con una inmensidad que la hizo enmudecer, con el prodigio de sus pórticos, sus torres desafiantes y las vidrieras llenas de colorido. Esa imagen quedó grabada en su memoria, como la proeza más hermosa construida por los seres humanos que jamás contempló, justo en el día del momento más doloroso de su existencia. En los años sucesivos se fundirían en sus recuerdos, infinitas veces, esa emoción de perplejo goce ante la belleza y la tortura infernal por los remordimientos de haber renunciado a ti.

Tras pasar ante la catedral desembocaron frente a la imponente fachada de piedra del hospital de Nuestra Señora de la Regla. Allí naciste tú. Apenas pudo mirante unos segundos antes de que te arrancaran de su lado. Vio que eras una niña, pero no pudo ni siquiera elegir tu nombre. Meses más tarde se alegró cuando supo que crecías sana y te llamabas Clara.

Sabedor de todo eso la comprendía en parte, pero nunca dejé de sentirme frustrado ni me abandonó la sombra de la tristeza. Aunque me dio un hijo propio, no me quiso más allá del aprecio por mi respeto y protección. A pesar del brillo de adoración que había en mis ojos cuando la miraba, yo no era nada más que una pequeña presencia frente a la figura del rival, el hombre anclado como un ideal en su memoria.

Gracias a mi jornal y su habilidad para administrar nuestros ingresos, conseguimos una cierta cantidad de dinero, con la que abrió una casa de comidas, que pronto, gracias a su buena mano como cocinera, comenzó a ganar fama y clientes. Uno de sus platos estrella era el botillo con patatas y verdura, que cocinaba como nadie, en su punto justo de textura y sabor. Desde mediados del otoño hasta bien finalizado el invierno, todos los jueves, el aroma inconfundible a botillo inundaba la calle y el pequeño local albergaba hasta tres turnos de comensales, que esperaban pacientes el momento de sentarse a la mesa. Ella vivía entregada al cuidado de nuestro hijo, destino de sus afectos; y al negocio que administraba con mano férrea, obsesionada con engrosar la cartilla de ahorros, para no volver nunca a los tiempos de privaciones y miseria.

Volvimos en una ocasión al pueblo porque se había iniciado la restauración de algunas casas y volvían a celebrar las fiestas patronales, en un intento de recuperar lo que fue. Pero era una pobre caricatura, una labor infructuosa, no es posible revivir lo muerto. Convivían deficientes reconstrucciones, con las casas de antaño, sin tejados, invadidas por las zarzas y el musgo, poseídas por los dolorosos recuerdos que hacían irrespirable el aire en torno a ellas. Exhalaban un olor agrio y putrefacto a tiempo muerto y descompuesto. Con la mirada triste y ausente, veíamos las apariciones fugaces de los que allí vivieron, algunos de ellos protagonistas esenciales de nuestras vidas, ahora espectros consumidos por la voracidad de la nada. Una angustia creciente se apoderó de nosotros, por lo que abandonamos los festejos y regresamos a casa con el desasosiego instalado en nuestros cuerpos. Allí seguimos viviendo una vida tranquila, aunque oscura, lastrada por las penas y por los deseos insatisfechos, en una soledad compartida, acompañados cada vez menos por nuestro hijo que se había ido lejos, y ella dedicada a la casa de comidas, pero siempre juntos, cada día, hasta que la muerte se la ha llevado a ella antes que a mí.

Esta es la historia de tu madre y parte de la tuya propia. Tenía que escribirte para contártela. Te causará una gran sorpresa, rabia y dolor. Seguramente te enfurecerás, puede que no la perdones y nos condenes a todos. Quizá me he tomado una libertad excesiva e impropia que alterará tu existencia, pero creo que tenías derecho a conocer la verdad y tus orígenes. Espero que comprendas las circunstancias que la llevaron a hacerlo y puede que te conmueva el saber que ni un solo día dejó de pensar en ti y de quererte. Todos los años acudía a León para verte, aunque fuese desde lejos, en la romería de San Froilán. Te observaba mientras contemplabas el desfile de los carros engalanados; después en la Basílica de la Virgen del Camino se situaba a unos pasos de la virgen, para mirarte mientras te acercabas a besar su manto; y luego esperaba paciente hasta que salías del restaurante donde comíais y te seguía con la mirada hasta que tu imagen desaparecía de sus ojos, pero quedaba atesorada en su memoria. Así año tras año, hasta los dos últimos en los que la enfermedad ya no le permitió desplazarse.

Te envió fotos de tu madre en distintas fechas, pocas, porque no era muy amiga de posar. Te remito también copia del legado que dejó a tu favor de la casa de comidas, ahora arrendada, y de su casa del pueblo, revalorizada con las rehabilitaciones. Puedes venderlas, donarlas o hacer lo que quieras con ellas. Y en el paquete que acompaña esta carta está el ajuar que durante años bordo para ti y no pudo nunca darte. No me queda más que pedirte perdón en su nombre y en el mío propio y decirte que dentro de un mes, el treinta y uno de julio al mediodía, aniversario de nuestra boda, subiré al pueblo a enterrar sus cenizas y no tardando mucho me reuniré con ella y todo habrá terminado.

\*\*\*\*\*

Ahora al fin, aunque tarde y tú sin vida hemos vuelto. Ha sido un largo camino hasta regresar a nuestro origen. Una vida larga pero triste, estoy cansado y me ha costado mucho enterrarte aquí. Ante tu tumba he vuelto a recrear la carta enviada a tu hija. He sentido la paz del desahogo sordo, pues en vida nunca me dejabas decirte nada más allá de lo práctico y cotidiano. Me he tomado la libertad de desvelar el secreto y revivir la historia ahora que reposas en el cementerio de este pueblo medio reconstruido, donde viviste tu efímera dicha en los brazos del único hombre que se adueñó de tu corazón y te impidió disfrutar del resto de tu vida. A mí esto me sirve de consuelo porque siempre quise que fueses feliz y si descansas aquí, conectada con tu raíz, el

círculo se cerrará y comenzarás un nuevo ciclo, una existencia en otro plano, donde quizá puedas ser tu misma, la que siempre debiste haber sido, a la que nunca logré yo.

Pero espera... escucho el sonido de un coche y veo acercarse una figura de mujer. Es alta y lleva una coleta negra. Camina lenta hasta llegar a mi lado. Me mira en silencio. Tiene tus mismos ojos verdes y brilla en ellos la posibilidad de redención.

FIN